

Gusano

Me llamó gusano y yo la maté. Ahora estoy en la cárcel y me sodomizan a diario. Me llaman "buena escoria" porque al menos soy útil para mis violadores gay. Tengo que decir que no me resisto porque eso significaría acabar en el hospital. Lo que me impide suicidarme es que sigo odiándola a pesar de que ya está muerta. A veces sueño que está viva y eso me da esperanzas porque podría volver a matarla al salir de aquí.

Mis días son repeticiones. Despierto con una angustia cercana al delirio, me calmo, como, se desahogan conmigo y por la noche pienso en matarla de nuevo. La espiral de odio es tan intensa que suelo quedarme dormido de un desmayo. Mi tormento es tan profundo que nada del exterior puede abatirme. O al menos eso creo, tal vez este estado sea el mismo abatimiento.

Gusano, gusano, gusano... No sé por qué me dolió tanto. Tal vez fueron las circunstancias. Creo que mi cometido es este: matar a quien me hiera. Pero sólo he podido hacerlo una vez, y no fue precisamente algo limpio. Estaba temblando, y ella intentaba coger su teléfono para llamar a la policía. Primero intenté estrangularla, pero ella se zafaba. Al final terminé con ella con un tenedor. La primera punzada en el cuello me costó mucho. Sin embargo, cada nuevo apuñalamiento era una dosis de placer y adrenalina.

La maté como un gusano. Digo yo, que yo era el gusano. Ella no sé qué era y poco importa ya. En los apuñalamientos sentía una ligera erección y notaba que se me iba la cabeza. Cuando su cuerpo yacía muerto a mi lado, no tuve ninguna necesidad de mirarla con deseo. Tuve la intención de quitarme la vida, aunque pronto disipó ese pensamiento una sonrisa inconsciente de oreja a oreja. Por fin había encontrado mi verdadera naturaleza. Me había encontrado a mí mismo.

Lo que me queda de vida es seguir recordando ese suceso, uno de los que te cambian para siempre. Psicológicamente no somos invencibles, hay puertas en la mente que ya no pueden cerrarse. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba ella, creo que empezaba por la letra B. Mi odio hacia ella fue visceral, y tardé tiempo en matarla. Yo seguía con mi vida normal mientras poco a poco planeaba el asesinato. Fueron 4 años de larga espera hasta que pude estar con ella a solas.

Siempre había pensado en primero violarla, torturarla y luego matarla. Pero en el momento que la tuve delante y a solas dije que era mi única oportunidad de ejecutar mi venganza. Tenía preparados muchos sufrimientos hacia B., pero me contenté con terminar con su vida. Le miré a los ojos mientras su alma dejaba su cuerpo. Su rostro lleno de terror dejó paso a una emanación de paz, algo que me llenó de ira.

La odio por haberse ido en paz de este mundo, pues yo sigo aquí en este infierno. Tengo que dejar de escribir esto ahora. Algunos guardas de la cárcel se han sumado a la fiesta de violación gay diaria.

Te juro que te volveré a matar, querida B.

Je, je, je, je...

Le llamaban el asesino de la risa. Siempre lo hacía de la misma manera: con un garrote de hilo, por la espalda, y recitaba en tono monocorde “Je, je, je, je...”. No expresaba ningún sentimiento ni excitación. Algunos decían que tenía ese “Je, je, je, je...” grabado y que lo ponía cuando estaba realizando el estrangulamiento.

Lo hacía por dinero, pero cuando no tenía encargos también lo hacía por placer, aunque él decía que era para practicar. Su nombre era Jeremy, Jeannot, Jeffray, Jerold... Grababa sus ejecuciones y las enviaba a los familiares de la víctima, así como a los enemigos de sus empleadores.

Dicen que un día la policía le acorraló y tuvo que usar por primera vez armas de fuego. No obstante, seguía con el mismo “Je, je, je, je...” cada vez que acertaba de muerte a un policía. Desde entonces, hay pocos policías que quieran darle caza. Los satanistas han intentado contactar con él porque creen que es uno de los principales demonios enviado por Lucifer a la tierra.

Pero no era ningún enviado de Satán. Sufrió un grave trauma en su infancia, porque sus padres le obligaban a practicarles sexo oral y se reían de la misma manera: “Je, je, je, je...”, con picardía, mientras él lo estaba haciendo. Luego le encerraban a oscuras durante días, le pasaban comida podrida por debajo de la puerta, y de vez en cuando le daban palizas.

Cuando ya tuvo cierta edad, utilizó los dientes para arrancar los genitales a su padre. Su madre salió corriendo para irse de la casa, pero él consiguió placarla y golpeó su cabeza contra el suelo repetidas veces diciendo “Je, je, je, je...” hasta matarla, y esa fue la única vez que dijo esa expresión con ira. Su padre intentó coger algún arma para defenderse, y Jeremy, Jeannot, Jeffray, Jerold... cogió un trapo y le estranguló con la misma risa, “Je, je, je, je...”.

Por eso, cada vez que el asesino de la risa mataba a alguien, recordaba a sus padres. En realidad, cada ejecución que hacía sólo era una venganza hacia sus padres. En ese sentido era una simple víctima. Se convirtió en victimario debido al fuerte trauma que vivió desde la infancia. Matar a gente era la forma que él tenía de seguir viviendo.

Lo que no hemos dicho hasta ahora es que él, cuando estrangulaba por la espalda con el garrote de hilo y decía su monocorde “Je, je, je, je...” lo hacía llorando. Pero no eran lágrimas de dolor o tristeza, sino de alegría.

Sus honorarios eran económicos, ya que él disfrutaba de su trabajo. Sólo quería el dinero para poder subsistir y seguir matando. En ese sentido se sentía totalmente realizado en la vida. Sus empleadores estaban contentos, porque a pesar de su escasa mente era un excelente profesional y un entusiasta de la muerte.

Je, je, je, je...

El repartidor de humildad

Obtuve dos súper poderes, indestructibilidad y gran fuerza. Lo he mantenido en secreto, creo que ha sido la mejor opción. Hay algo que me encanta hacer. Consiste en entablar conversaciones con gente y cada vez que veo el menor atisbo de prepotencia soltarles un fuerte guantazo.

Después del guantazo les pregunto, “Perdona, ¿qué decías?”. Muchos no pueden responder porque tienen la mandíbula y los dientes destrozados. Pero yo me acerco a ellos y les intento levantar, cuidarles, agasjarles y pedirles perdón. Al principio era algo personal, pero ahora simplemente quiero repartir humildad por el mundo.

Podría utilizar mis poderes para hacer el bien, pero seguramente terminaría sellado en un laboratorio, así que prefiero no hacerlo. Tengo que tener cuidado, porque hay gente que me ha grabado con el móvil haciendo eso, y ya está en Internet. No obstante, puedo seguir haciéndolo en determinadas zonas.

No sé exactamente por qué me molesta tanto la prepotencia. En realidad, es una actitud normal del ego. Cuando me encuentro con gente verdaderamente humilde, converso mucho con ellos. Intento encontrar sus vanidades, sus pequeñas flaquezas. Tengo que decir que suelo encontrarlas, y ahí me cuesta más dar el guantazo, pero lo hago porque he encontrado prepotencia.

La mayoría de mis pacientes no son conscientes de por qué les suelto el guantazo. Porque tienen tan asimilada esa actitud prepotente que la consideran normal. Algunos incluso esperan que sus interlocutores tengan una actitud similar. No es mi caso, yo siempre aparento sumisión, e incluso les escucho atentamente. En el primer atisbo de prepotencia, sea en su mirada, en sus gestos, en su tono de voz, en lo que digan; entonces reciben mi dosis de humildad.

He pensado en extender esta distribución de humildad a gran escala, pero no me atrevo. Podría llamar demasiado la atención. Llevo ya tres años haciéndolo, y la verdad es que cada vez necesito más. Mi teoría es que siempre hay un pez más grande y por eso hay que andar con cuidado en la vida. No sabemos hasta qué punto la otra persona podría acabar con nosotros.

Lo que me he dado cuenta es que yo tampoco soy humilde. Al principio intentaba golpearme a mí mismo, pero al ser indestructible no sucede nada, tan solo dolor. Ese dolor no me hace más humilde porque nunca salgo perjudicado. He pensado en montar un canal de YouTube, con un vídeo por cada persona reformada en la humildad. Tendría que hacerlo enmascarado.

En fin, a veces vuelvo a visitar a las personas a las que he dado el guantazo y muchas de ellas son más suaves, sumisas, con menos ego. Han entendido que ser humilde es la mejor opción para sobrevivir. A los seres humanos nos molesta mucho la prepotencia del otro. En ese sentido, creo que yo consigo muchos casos de éxito.

El sótano

Tengo encerrados en un gran sótano a todos mis enemigos. Quiero que estén allí hasta que mueran de viejos. Algunos mueren de enfermedad. Varios han intentado suicidarse, pero casi siempre consigo evitarlo. Me fueron hiriendo de joven, y yo fui amasando cada vez más poder y dinero.

Cuando ya era muy rico, me aburría, y decidí aceptar mis valores. Para mí la venganza es un valor fundamental. La venganza es deliciosa porque das importancia a la ofensa que has recibido. No sólo se trata de devolver el golpe, a veces multiplicado por mil, sino que también es una muestra de reconocimiento hacia la víctima.

Tengo claro que a veces la gente no nos hace daño a propósito. Pero si un asesino no puede evitar matar debido a su instinto, ¿por ello no debemos ajusticiarlo? Lo mismo pasa con todos los fenómenos inconscientes, creo que somos plenamente responsables de nuestras reacciones y actos involuntarios. De hecho, muchos de mis enemigos aquí encerrados primero no recordaban qué me habían hecho ni quién era yo.

Con algunos y algunas tuve que emplear mucha tortura hasta quebrar su mente. Disfruté mucho con ello. Muchas veces no puedo realizar yo la tortura así que tengo que contratar a gente que comparta mis valores. Muchos de ellos son sádicos empedernidos, torturadores profesionales, pero otros lo hacían por dinero. Estos últimos tuvieron que aprender con dificultad para hacer bien su trabajo.

Durante un tiempo no llenaba más el sótano, como si nadie quisiera enemistarse conmigo. Pero es debido a que en mi vida actual trato con gente poderosa. Con ellos no me atrevo a hacer estas cosas. Por eso, en algunas ocasiones, me visto de incógnito y voy donde la plebe. Ahí entablo relaciones con gente y espero a ser ofendido. En ese momento me veo tentado a inspirarles miedo, pero normalmente sigo mostrando una actitud amable.

Es después, cuando ya lo he meditado, que encargo a mis empleados que secuestren a esa persona y la lleven al sótano. Suelo grabar todas las torturas, y se las pongo en vídeo cuando ellos están solos. A veces caigo también en ir a por sus seres queridos. Los suelo poner en la misma sala. Les obligo a que forniquen entre ellos, aunque tengan lazos de sangre. Todo lo grabo.

Me he visto tentado a montar un negocio con ello, trayendo a clientes que quieran torturar a personas o sexo sucio. Pero de momento no es una buena opción porque podría filtrarse al exterior. Todos mis empleados están amenazados de muerte si dicen algo, así como sus familias. El dinero puede comprar casi todo.

Algunos de mis enemigos caen a veces en un estado de nirvana, donde ya no les importa el dolor. Intento esforzarme mucho para seguir haciéndoles sufrir, pero si no puedo lograrlo termino con sus vidas. Ahí me han ganado.

El filósofo resentido

Los filósofos somos una *rara avis*, nos creemos por encima del vulgo, pero pocos tenemos poder real. Me convertí en un experto en argumentación y lo respaldé con muchas lecturas. Me encantaba mostrar a los demás su escaso entendimiento e ignorancia. Pero mi inteligencia no es la máxima, y algunos seres vulgares eran muy buenos en el arte de la erística.

No digo que haya que batirse en duelo por una teoría de Kant, pero perder una batalla dialéctica era para mí la mayor de las humillaciones. Muchas veces faltaba a la verdad simplemente para ganar el argumento. Me hervía la sangre cuando no conseguía convencer al otro de su estupidez.

Pero donde no llega la filosofía llegan las armas. Así que me compré un buen surtido de cuchillos. Al principio, cuando alguien no quería reconocer su inferioridad sacaba una navaja y la ponía en la mesa. Impasiblemente seguía argumentando. Algunos se asustaban, pero otros se reían de mí. No cabe decir qué sentía cuando veía su mirada de sorna.

Estuve un tiempo pensando acerca de qué hacer con aquellos que no querían admitir su inferioridad. Rousseau abandonaba a sus hijos, Schopenhauer tiró a su vecina por las escaleras, Marx debaja morir de hambre a su familia. Realmente ser un gran filósofo no significa ser moralmente bueno. Los filósofos siempre hemos combatido la estupidez y la necedad.

Primero escogí a mujeres, pues son normalmente más sensibles a la intimidación. Conversaba con ellas en modo seductor, pero no funcionaba. Entonces yo quería ganar el argumento y demostrar su inferioridad. Algunas se asustaban y se marchaban, pero otras se reían de mí mientras escribían en su iPhone. Fue entonces cuando decidí utilizar el cuchillo.

Al principio sólo me acercaba a ellas con la navaja, ellas escribían a toda prisa en su iPhone. Pues saben que pueden sentirse poderosas, pero no cuando un filósofo cabreado quiere matarlas. Pedían auxilio a través de chat, pero yo normalmente conseguía tirarles el teléfono de un manotazo. Después, tenían miedo, algunas gritaban

Yo sólo quería que reconociesen que eran estúpidas e inferiores. Lo malo es que luego no las podía dejar marchar ya que podrían contárselo a alguien. Había estudiado en un libro algunas nociones de apuñalamiento y decidí ponerlo en práctica. Cuando estaban medio muertas les decía que no existía algo así como el más allá. Que la muerte es el final radical, según Heidegger.

Tenía luego que trocear los cadáveres y entonces aprovechaba para verlas desnudas. Me sorprendía que muchas estaban mejor con ropa. Consideraba que eran demasiado narcisistas y vanidosas para la carne colgandera que muchas tenían. El troceo también lo aprendí en un libro y me compré unos buenos cuchillos de carnicero.